PERRY ANDERSON*

LAS IDEAS Y LA ACCIÓN POLÍTICA EN EL CAMBIO HISTÓRICO**

¿CUÁN IMPORTANTE ha sido el papel de las ideas en las convulsiones políticas que marcaron grandes cambios históricos? ¿Son ellas meros epifenómenos de procesos sociales y condiciones materiales más profundas, o poseen un poder autónomo decisivo como fuerzas de movilización política? Contrariamente a las apariencias, las respuestas dadas a estas preguntas no dividen fuertemente a la izquierda de la derecha. Muchos conservadores y liberales han exaltado, naturalmente, la significación sobresaliente de nobles ideales y valores morales en la historia, denunciando a aquellos radicales que insisten en que las contradicciones económicas son el motor del cambio histórico, como sostienen los materialistas. Ejemplares modernos y famosos de tal idealismo de la derecha incluyen figuras como Friedrich Meinecke, Benedetto Croce o Karl Popper. Entre estos pensadores, Meinecke utiliza una metáfora pictórica al decir que las ideas, llevadas y transformadas por personalidades vivas, constituyen el lienzo de la vida histórica. Pero podemos encontrar otras figuras notables de la derecha que atacan las ilusiones racionalistas que adjudican importancia a las doctrinas artificialmente creadas. Estas figuras esgrimen contra tales ilusiones las costumbres,

* Profesor de Historia en la Universidad de California, Los Ángeles (UCLA).

** Traducción de Bárbara Schijman. Revisión de Atilio A. Boron.

tradiciones e incluso instintos biológicos como instancias mucho más duraderas y significativas. Friedrich Nietzsche, Lewis Namier y Gary Becker fueron –desde distintos puntos de vista– teóricos de los intereses materiales, resueltos a desacreditar irónicamente las reivindicaciones de valores éticos o políticos. La teoría contemporánea de la elección racional, hegemónica sobre extensas áreas de la ciencia social anglosajona, es el paradigma contemporáneo más conocido de este tipo.

La misma bifurcación, sin embargo, se puede encontrar en la izquierda. Si observamos a grandes historiadores modernos de la izquierda, encontramos una completa indiferencia respecto del papel de las ideas en Fernand Braudel, contrastada con un apego apasionado a ellas en R. H. Tawney. Entre los mismos marxistas británicos, ninguno confundiría la posición de Edward Thompson –cuyo trabajo a lo largo de toda su vida fue una polémica contra lo que veía como un reduccionismo económico– con la de Eric Hobsbawm, quien en su *Historia del siglo XX* no contempla capítulo alguno dedicado al rol de las ideas. Si prestamos atención a los líderes políticos, vemos que la misma oposición se repite aún más enfáticamente. "El movimiento es todo, el fin es nada", anunció Bernstein. ¿Podría haber una desvalorización más drástica de principios o ideas a favor de procesos objetivos absolutos? Bernstein creía que era leal a Marx cuando pronunció este dictamen. En el mismo período, Lenin declaró –en una máxima igualmente famosa, de efecto exactamente antitético– algo que todo marxista debe saber: "sin una teoría revolucionaria no puede haber movimiento revolucionario". El contraste aquí no era simplemente entre el reformista y el revolucionario. En las filas de la izquierda revolucionaria misma, encontramos igual dualidad. Para Rosa Luxemburgo, "en el comienzo fue la acción"; ninguna idea preconcebida, sino simplemente la acción espontánea de las masas, fue el punto de partida de todo cambio histórico principal. Los anarquistas nunca dejaron de concordar con ella. Para Antonio Gramsci, por otro lado, el movimiento obrero nunca podía conseguir victorias duraderas a menos que alcanzara una ascendencia en el plano de las ideas –lo que llamó una hegemonía cultural– sobre la sociedad en su conjunto, incluyendo sus enemigos. Presidiendo sus respectivos estados, Stalin, por un lado, confió la construcción del socialismo al desarrollo material de fuerzas productivas; mientras que Mao, por otro, se encomendó a una revolución cultural capaz de transformar mentalidades y costumbres.

¿Cómo ha de ser resuelta esta antigua oposición? Las ideas se presentan en diferentes formas y tamaños. Aquellas pertinentes a cambios históricos principales han sido típicamente ideologías sistemáticas. Nuestro colega Göran Therborn ha ofrecido una elegante y penetrante taxonomía de esta cuestión en un libro cuyo mismo título, *La ideología del poder y el poder de la ideología*, propone una agenda para

nuestro tema. Él divide a las ideologías en existenciales e históricas, de tipo inclusivo y posicional. De este modo, aquellas que han tenido el mayor alcance, espacial o temporal, han sido caracterizadas por un rasgo que, para nuestro propósito, fue tal vez mejor captado por el conservador inglés T. S. Eliot, en su libro *Notas para una definición de la cultura*. Podemos sustituir fácilmente la palabra *cultura* por el término *ideología*. La observación clave de Eliot fue que todo gran sistema de creencias constituye una jerarquía de diferentes niveles de complejidad conceptual, que incluye construcciones intelectuales sumamente sofisticadas –accesibles sólo para una elite educada– en la cima, versiones más amplias y menos refinadas en niveles intermedios, y las simplificaciones más crudas y elementales en un nivel popular. Todo esto unido, sin embargo, por un lenguaje único y apoyado por la correspondiente serie de prácticas simbólicas. Sólo un sistema totalizador como este, argumentó Eliot, merecía la denominación de cultura real y era capaz de generar grandes manifestaciones artísticas.

Eliot pensaba, por supuesto, en la Cristiandad como el principal ejemplo de tal sistema, uniendo las especulaciones teológicas más arcanas con prescripciones éticas familiares e ingenuas supersticiones populares en una única creencia que lo abarcaba todo, sostenida por historias e imágenes sagradas de un acervo común de fuentes bíblicas. Las religiones mundiales que emergieron en la denominada "Era Axial" ofrecen ciertamente una sorprendente primera prueba de cualquier hipótesis sobre el papel de las ideas en los grandes cambios históricos. Pocos podrían dudar del enorme impacto de estos sistemas de creencias sobre vastas áreas del mundo, y a través del milenio. Ni siquiera es fácil identificar sus orígenes en agitaciones sociales precedentes, en cualquier escala comparable, con su propia difusión e influencia transformadora. A lo sumo, podemos decir que la reciente unificación del mundo mediterráneo por el Imperio Romano proporcionó un favorable marco institucional para la propagación de un monoteísmo universalista, tal como la Cristiandad, o que era probable que, bajo presión demográfica, un nomadismo militarizado en un entorno desértico tarde o temprano encontrara una expresión religiosa distintiva, como el Islam. La desproporción entre causas imputables y consecuencias comprobables se presenta como un argumento fuerte a favor de otorgar un singular –y aún extraordinario– poder autónomo a las ideas en las civilizaciones de aquella época. El impacto político de estas religiones no era, por supuesto, exactamente comparable. La Cristiandad transformó desde el interior y gradualmente al universo imperial existente, sin ninguna alteración significativa de su estructura social. Pero al crear en la Iglesia un complejo institucional paralelo al estado, que sobrevivió al colapso definitivo del imperio, aseguró continuidades culturales y políticas mínimas para el subsiguiente surgimiento del feudalismo. El Islam, por

contraste, redibujó de repente el mapa político del Mediterráneo y el Medio Oriente en su conjunto, mediante un ataque militar relámpago. Estamos aún en la Antigüedad, sin embargo. En cualquiera de los dos casos, las ideas que conquistaron la región lo hicieron sin aquello que luego describiríamos como batalla de ideas. No se mantuvo ninguna batalla ideológica sostenida entre paganos y cristianos, o cristianos y musulmanes, puesto que las condiciones de fe dieron una vuelta de campana en Roma o El Cairo. La conversión procedió esencialmente por ósmosis o por la fuerza, sin un choque ideológico articulado.

Al movernos a la época moderna, las cosas son diferentes. La Reforma Protestante, a diferencia de la enseñanza de Cristo o Mahoma, fue un sistema doctrinal escrito –o más bien un conjunto de ellos– desde el principio, desarrollado en los polémicos textos de Lutero, Zwinglio o Calvino, antes de que se convirtiera en una fuerza principal o en un poder institucional. Menos distante en el tiempo, es más fácil rastrear las condiciones sociales y materiales inmediatas de su surgimiento: la corrupción del Catolicismo renacentista, el aumento del sentimiento nacional, el acceso diferencial de estados europeos al Vaticano, la llegada de la imprenta, y más. Lo impactante es ahora algo diferente: la aparición de la Contrarreforma dentro de la Iglesia Católica, y con esto una acérrima lucha ideológica entre los dos credos, sostenida en los niveles más altos del debate metafísico e intelectual, así como en todo medio conocido de propaganda popular –debemos el término a esta época–, que desata una serie titánica de rebeliones, guerras y guerras civiles a través de Europa. Aquí las ideas aparecen para desencadenar y dar forma al cambio histórico. En efecto, ninguna de las revoluciones siguientes habrían de estallar tan directamente por cuestiones intelectuales como la primera gran subversión en la cadena suscitada por la creación del estado moderno en Europa: la sublevación de los Países Bajos contra España en el siglo XVI, y la Gran Rebelión y la Revolución Gloriosa en Inglaterra en el siglo XVII. En los tres casos, el precipitante inmediato de la revolución fue un estallido de pasión teológica: la ruptura de imágenes sagradas en nombre de la pureza bíblica en los Países Bajos, la imposición de un nuevo catecismo en Escocia, la amenaza de tolerancia hacia los católicos en Inglaterra.

Por comparación, los estallidos de la Revolución Americana y Francesa en el siglo XVIII fueron, en mayor medida, determinados materialmente. En ningún caso, un sistema de ideas desarrollado motivó el asalto inicial sobre el viejo –colonial o monárquico– orden. Efectivamente, en las colonias de América del Norte, estrechos intereses económicos –antipatía por la exigencia de impuestos para pagar los costos de la protección contra los indios y franceses– pusieron en marcha una rebelión contra la monarquía británica; mientras que en Francia, una crisis fiscal disparada por el costo de ayudar a los rebeldes americanos

forzó la convocatoria de una conocida institución feudal, los Estados Generales, cuyas reformas fueron rápidamente echadas por la borda por la erupción del descontento de las masas en el campo y en las ciudades, bajo la presión de una mala cosecha y los altos precios de los granos. En ambos casos, el colapso del viejo orden fue un proceso no premeditado, en que predominaron quejas de tipo material más que ideológicas. En el fondo, sin embargo, yace la cultura crítica de la Ilustración –un enorme depósito de ideas y discursos potencialmente explosivos, que aguardaban justamente tales condiciones de emergencia para ser activados. Este arsenal de iconoclastia preexistente fue el que convirtió una desintegración del orden establecido en la revolucionaria creación de uno nuevo, así como de un imaginario ideológico con el cual aún vivimos hoy. Los ideales de la Revolución Americana y –por sobre todo– los de la Revolución Francesa han permanecido como activos inspiradores para la acción política mucho tiempo después de que las instituciones que cada una levantó se fosilizaran o fueran olvidadas.

Si el legado principal de las religiones mundiales fue la introducción de una idea metafísica de universalismo, y la herencia principal de la Reforma fue la introducción del individualismo, el legado ideológico que dejaron las revoluciones en el Siglo de las Luces descansa esencialmente en las nociones de soberanía popular y derechos civiles. Estas eran todavía tan sólo los medios formales para la libre determinación de la forma de una sociedad, algo que estaba por acontecer por primera vez en la historia. ¿A qué debía asemejarse esa forma que establecía los contenidos del bienestar colectivo? Esta fue la pregunta que el advenimiento de la revolución industrial planteó al siglo XIX. Y a este interrogante se ofrecieron tres tipos de respuestas. Hacia 1848, los grandes campos de batalla de la era habían sido desplegados. El *Manifiesto Comunista*, confronta a Europa con la alternativa que luego se plantearía a lo largo del planeta: ¿capitalismo o socialismo? Por primera vez, la humanidad se enfrentó a principios de organización social bien definidos y radicalmente antitéticos. Pero existía una asimetría en su formulación. El socialismo fue objeto de una extendida, abigarrada y auto-declarada teoría que lo definía como un movimiento político y un objetivo histórico. El capitalismo, en el siglo XIX y en la mayor parte del XX, rara vez, si es que alguna vez lo hizo, mencionó su propio nombre –el término fue un invento de sus oponentes. Defensores de la propiedad privada, del statu quo, apelaron a concepciones más parciales o tradicionales, invocando principios conservadores o liberales antes que cualquier ideología expresamente capitalista. Dichos principios estaban lejos de ser un sustituto fidedigno. No pocos pensadores conservadores –Carlyle o Maurras– expresaron una feroz antipatía hacia el capitalismo, mientras que algunos teóricos liberales –Mill o Walras– miraron con aprobación las versiones más moderadas de socialismo. Si obser-

vamos el rol de las ideas en el siglo XIX, es claro que el socialismo –más que nada en su versión marxista, y, por tanto, en la versión materialista más intransigente– desplegó una capacidad mucho más movilizadora y expansiva en la acción política que su oponente. No es casualidad que nadie hablara de un movimiento capitalista. El poder del orden establecido descansaba, aún en gran medida, en la tradición, la costumbre y la fuerza más que en cualquier conjunto de ideas teóricas. Hacia mediados del siglo XX, por otro lado, el socialismo como idea encontraba adherentes en un ámbito geográfico más extenso que el alcanzado por cualquier religión mundial.

Sin embargo, el universo ideológico no se agotó en estos opuestos. Había otra fuerza motora importante en marcha en esta época, diferente de las dos ya mencionadas. Ya en 1848, el nacionalismo demostró ser, en Europa, un movimiento aún más poderoso que el socialismo en tanto factor de movilización. Dos peculiaridades lo definieron desde el principio como una idea política, mucho antes de que se propagara triunfalmente en el resto del mundo. Por un lado, produjo muy pocos pensadores importantes u originales, con una rara excepción ocasional como Fichte. Como doctrina articulada, era, en comparación, más pobre y superficial que sus dos coetáneas. Por otro lado, por su relativo vacío conceptual, era sumamente plástica, y podía entrar en una gran variedad de combinaciones tanto con el capitalismo como con el socialismo –produciendo estos últimos el chauvinismo que desató la guerra inter-imperialista de 1914 y el fascismo que desencadenó su desenlace en 1939, por un lado, y los movimientos revolucionarios de liberación nacional en el Tercer Mundo, por el otro. El triunfo del ideal nacional a través del mundo ha demostrado la ausencia de cualquier correspondencia necesaria entre sistema e impacto; entre la profundidad intelectual y el alcance de una ideología y su poder de movilización en el mundo moderno.

El inicio del siglo XX exhibió un grupo de revoluciones importantes en estados clave de la periferia del mundo imperialista: en orden cronológico, México, China, Rusia y Turquía integran una significativa serie de contrastes. El rol de las ideas en la definición de la dirección y el resultado del proceso revolucionario fue de mayor importancia en Rusia y China, la movilización popular más fuerte tuvo lugar en México y Rusia, y el llamamiento nacionalista más poderoso se produjo en Turquía. La revolución republicana de 1911 en China fracasó, pero el intenso fermento intelectual detrás de ella permaneció vivo; tan es así que sus tributarios desembocaron al final en la revolución comunista que triunfó en 1949. La recuperación kemalista en Turquía supuso muy pocas ideas –más allá de la salvación nacional– antes de importar una variedad ecléctica de ellas una vez que el nuevo régimen fue establecido. La Revolución Rusa y la Revolución Mexicana –sin duda las ma-

yores insurrecciones de este período– son las que ofrecen el contraste más impactante. En México, explotó una masiva convulsión social que se extendió por el curso de una década sin ningún sistema importante de ideas que la iniciara o que emergiera de ella. En términos puramente doctrinales, la única ideología desarrollada del período perteneció, no a los revolucionarios, sino al régimen que ellos derrocaron –el positivismo de los "científicos" del Porfiriato. Aquí, los actos políticos a escala gigantesca se llevaron a cabo solamente fundados en nociones elementales de justicia institucional o social: una lección enorme para cualquier visión demasiado intelectualista de un dramático cambio histórico. Sólo los mexicanos pueden decir cuál fue el precio final pagado por la facticidad de la Revolución, una vez que el estado priísta fue configurado a partir de Obregón en adelante.

La Revolución Rusa siguió un patrón muy diferente. El zarismo fue derrocado por el espontáneo descontento de las masas, provocado por el hambre y las privaciones resultantes de la guerra –un comienzo en el plano de las ideas mucho más inocente que en el caso de la rebelión de Madero en México. En un plazo de pocos meses, los bolcheviques habían accedido al poder como resultado de la agitación popular en torno a cuestiones no menos elementales que aquellas que movieron a Zapata o Villa: pan, tierra y paz. Una vez en el poder, no obstante, Lenin y su partido tuvieron a su disposición la ideología política más sistemática y exhaustiva de la época. Aquí, la relación entre las causas y la naturaleza de la revolución –la tensión entre orígenes materiales y objetivos ideales– no era diferente de aquella que produjo el régimen jacobino del Año II en Francia, pero era mucho más extrema. Tanto las hazañas como los crímenes del estado soviético llevados a cabo por los bolcheviques empequeñecieron aquellos del estado del PRI, terminando siete décadas más tarde en una muerte mucho más apocalíptica –el precio de un homérico voluntarismo ideológico.

Los efectos de la Revolución de Octubre, por su puesto, no se limitaron a Rusia. Hacia el final de su vida, Marx imaginó la posibilidad de que Rusia eludiera el pleno desarrollo capitalista mediante el estallido de un levantamiento popular que produciría una reacción revolucionaria en cadena en Europa. Esta era esencialmente la concepción detrás de la estrategia de Lenin: no existía fe alguna en la posibilidad de construir el socialismo en un estado aislado y atrasado como Rusia; toda la esperanza se concentraba en el hecho de que el ejemplo soviético detonaría revoluciones proletarias alrededor de Europa, en sociedades donde existieran las condiciones materiales para una libre asociación de los productores y un elevado nivel de productividad industrial. La historia tomó la dirección contraria: obstrucción de cualquier posibilidad de revolución en el avanzado Occidente, propagación de la revolución en sociedades aún más atrasadas del Este. Así, el enorme éxito político del

marxismo parecía ser la mejor refutación de sus propias presuposiciones teóricas. Lejos de las superestructuras y siguiendo la determinación de las infraestructuras económicas –sistemas ideales reflejando prácticas materiales– la ideología del marxismo-leninismo, en su forma más o menos estalinista, se mostró capaz de generar, en escenarios sin capitalismo, sociedades superiores a este. Eso dio origen, dentro del marxismo mismo, a la noción popular en los sesenta y setenta según la cual las relaciones de producción en efecto tenían primacía sobre las fuerzas de producción, e incluso las definían. Pero los argumentos de Marx no serían tan fácilmente refutados: finalmente, las fuerzas productivas saborearon su venganza con el colapso de la URSS, puesto que la mayor productividad económica de los países en los que la revolución debería haber tenido lugar, pero no sucedió así, terminó aplastando a aquellos en los que la revolución se realizó efectivamente.

¿Cuál era el lugar de las ideas del otro lado de esta lucha? El déficit ideológico del capitalismo en tanto orden establecido nunca fue realmente remediado en su batalla contra el comunismo. El término en sí mismo continuó perteneciendo esencialmente al enemigo, como un arma contra el sistema antes que como su propia auto-descripción. A mediados de siglo, sin embargo, el comienzo de la Guerra Fría planteó una batalla frontal y terminal entre dos bloques antagónicos, lo que requería de una disposición ideológica caracterizada por niveles de intensidad y eficacia desconocidos hasta el momento. El resultado fue la redefinición "estándar" en Occidente de los términos del conflicto: no se trataba de capitalismo versus socialismo sino de democracia contra totalitarismo, o del Mundo Libre contra aquel prefigurado en el libro de George Orwell, *1984*. Cualesquiera que fueran las mayores hipocresías de esta construcción –el así llamado "Mundo Libre" incluyó, por supuesto, muchas dictaduras militares y estados policiales–, ellas se correspondían con ventajas reales del Occidente noratlántico sobre el Oriente estalinista. En la competencia entre los bloques, la bandera de la democracia fue un activo decisivo allí donde menos se la requería, entre las propias poblaciones de las sociedades del capitalismo avanzado, que no necesitaban ser persuadidas respecto de la superioridad de sus propias condiciones de vida. Tuvo un efecto mucho menor, por obvias razones, en el mundo poscolonial y semi-colonial, hasta poco tiempo atrás dominado de forma despótica por las mismas democracias occidentales. En Europa Oriental y –efectivamente en un grado menor– en la Unión Soviética, las imágenes de Orwell tuvieron más resonancia, y las emisiones de *Radio Free Europe* o *Radio Liberty*, que predicaban los méritos de la democracia norteamericana, contribuyeron, desde luego, a la victoria final en la Guerra Fría. Pero la razón central del triunfo del capitalismo sobre el comunismo descansa más cerca del hogar, en el magnetismo de un consumo material de niveles mucho más eleva-

dos, que al final arrastró irresistiblemente a la órbita de Occidente no solamente a las masas desvalidas sino también a las elites burocráticas del bloque soviético. Para decirlo sencillamente: la ventaja comparativa del "Mundo Libre" que determinó el resultado del conflicto yace en el dominio del *shopping* más que en el del sufragio.

El final de la Guerra Fría ha traído una configuración totalmente nueva. Por primera vez en la historia, el capitalismo se proclama a sí mismo como tal, en una ideología que anuncia la llegada a un punto final en el desarrollo social, con la construcción de un orden ideal basado en el libre mercado, más allá del cual no se puede imaginar ninguna mejora sustancial. Tal es el mensaje central del neoliberalismo, el sistema de creencias hegemónico que ha dominado al mundo durante la década pasada. Sus orígenes se encuentran en la época inmediata a la posguerra. En aquel momento, el orden establecido en Occidente estaba aún obsesionado por el *shock* de la Gran Depresión y se enfrentaba a los fortalecidos movimientos laborales que surgían después de la Segunda Guerra Mundial. Para evitar el peligro de cualquier retorno a la Primera Guerra, y para integrar las presiones acumuladas durante la Segunda, los gobiernos adoptaron por todas partes políticas económicas y sociales diseñadas para controlar el ciclo económico, sostener el empleo y ofrecer alguna seguridad material a los menos pudientes. El control keynesiano de la demanda y el estado de bienestar socialdemócrata eran el sello de la época, asegurando niveles de intervención estatal y de redistribución fiscal nunca antes conocidos en el mundo capitalista. Despotricando contra esta ortodoxia gobernante, una pequeña minoría de pensadores radicales denunciaron todo tipo de dirigismo como fatal en el largo plazo para el dinamismo económico y la libertad política. Friedrich von Hayek fue el líder intelectual y organizador clave de este disenso neoliberal, reuniendo a espíritus compañeros alrededor del mundo en una red de influencia semi-clandestina, la Sociedad de Mont Pelerin. Por un cuarto de siglo, este agrupamiento permaneció al margen de una opinión respetable, y sus puntos de vista fueron desatendidos o ridicularizados.

Sin embargo, con el comienzo de la crisis estangflacionaria a principios de los setenta y el ingreso de la economía capitalista mundial a la prolongada recesión de las subsiguientes décadas, esta rigurosa e intransigente doctrina adquirió una extraordinaria gravitación. Hacia los años ochenta, la derecha radical había tomado el poder en Estados Unidos y Gran Bretaña, y por todas partes los gobiernos estaban adoptando las prescripciones neoliberales para hacer frente a la crisis: recorte de impuestos directos, desregulación de mercados laborales y financieros, debilitamiento de sindicatos, privatización de servicios públicos. Hayek, un profeta sin honores en su propia tierra durante los cincuenta y sesenta, era ahora consagrado por Reagan, Thatcher y otros jefes de estado como el visionario de la época. El colapso del comunismo so-

viético al final de la década apareció como la reivindicación adecuada para su creencia, sostenida por largo tiempo, según la cual el socialismo no era más que un "preconcepto optimista pero fatal". Pero fue en los noventa, cuando la Unión Soviética ya había desaparecido y Reagan y Thatcher habían abandonado la escena, que el dominio neoliberal alcanzó su apogeo. Entonces, sin la oposición "amigo-enemigo" propia de la Guerra Fría, y sin ninguna necesidad para la derecha radical de estar en el poder, fueron gobiernos de centro-izquierda los que aplicaron imperturbablemente en el mundo capitalista las políticas neoliberales de sus predecesores, con un reblandecimiento de la retórica y mediante el otorgamiento de concesiones secundarias, pero aun así con una tendencia política consistente tanto en Europa como en EE.UU. La prueba de una verdadera hegemonía neoliberal –como opuesta a una mera dominación– es su habilidad para dar forma a ideas y acciones, no tanto de sus defensores declarados, sino de sus adversarios nominales. Aparentemente, los regímenes de Clinton y Blair, de Schroeder y D'Alema, para no hablar de Cardoso y De la Rúa, llegaron al poder repudiando las duras doctrinas de acumulación e inequidad que reinaron en los ochenta. En la práctica, ellos las han preservado o extendido.

Más allá de la transfiguración de la centro-izquierda en la zona del Atlántico Norte, la hegemonía neoliberal se ha extendido en el mismo período a los rincones más lejanos del planeta. Se pueden encontrar fervientes admiradores de Hayek o Friedman en ministerios de Hacienda por doquier, desde La Paz a Beijing, Auckland a Nueva Delhi, Moscú a Pretoria, Helsinki a Kingston. El reciente libro de Daniel Yergin y Joseph Stanislaw, *The Commanding Heights*, ofrece una recorrida panorámica de la "gran transformación" de nuestro tiempo, tan radical y a la vez de alcances infinitamente mayores que la que Karl Polanyi describiera al escribir acerca del advenimiento del liberalismo clásico en la época victoriana. A diferencia de Polanyi, por supuesto, el relato de Yergin sobre la victoria mundial del neoliberalismo está colmado de entusiasmo por el cambio liberador que traen consigo los mercados libres. Junto a estos aparece el segundo logro principal de la década pasada: la cruzada por los derechos humanos conducida por EE.UU. y la Unión Europea. No todo intervencionismo es desaprobado por el orden neoliberal: si el tipo de economía no da resultados, el recurso militar es practicado y aplaudido como nunca antes. Si la Guerra del Golfo, evidentemente llevada a cabo para asegurar los intereses de Occidente en el petróleo, respondía aún a un patrón más antiguo, su desenlace ha establecido nuevos parámetros. El bloqueo a Irak, con una increíble intensificación de bombardeos por parte de Clinton y Blair, constituye una iniciativa "humanitaria" puramente punitiva. El desencadenamiento en gran escala de la guerra en los Balcanes con un bombardeo aéreo relámpago sobre Yugoslavia no necesitó a las Naciones Unidas ni

siquiera como "hoja de parra" para disimular la acción de la OTAN sino hasta después del evento. En nombre de los derechos humanos, la ley internacional ha sido redefinida unilateralmente para ignorar la soberanía de cualquier estado menor que realice acciones que provoquen el disgusto de Washington o Bruselas.

Es la versión del neoliberalismo de la centro-izquierda la que ha puesto en marcha esta escalada de prepotencia militar. Pero la visión esencial del poder imperial estaba allí en la doctrina original misma. Hayek, después de todo, fue pionero en el concepto del bombardeo a países reacios a la voluntad angloamericana, exigiendo ataques aéreos relámpago sobre Irán en 1979 y sobre Argentina en 1982. La concepción de hegemonía gramsciana –poder de persuasión ideológica– enfatizó el consentimiento que funcionaba para garantizar la estabilidad y previsibilidad de un orden social. Pero no fue nunca su intención minimizar, ni mucho menos olvidar, su necesario respaldo en la represión armada. En su opinión, "consentimiento más coerción" era la fórmula plena de un orden hegemónico. El universo neoliberal de la década pasada ha reunido ampliamente ambos requisitos. Hoy no hay alternativa a esto, se trata de un sistema gobernante de ideas de alcance planetario. Estamos refiriéndonos a la ideología política más exitosa en la historia mundial.

Están aquellos que impugnarían apasionadamente la precedente afirmación. Las supuestas objeciones contra esta dicen más o menos lo que sigue. Debemos estar alertas, se afirma, contra los peligros de sobrestimar la influencia de las doctrinas neoliberales como tales. Desde luego, los tiempos han cambiado desde los cincuenta o sesenta. Los mercados han adquirido más poder a expensas de los estados, y la clase trabajadora no es más la fuerza que alguna vez fue. Pero en los países avanzados, al menos, el gasto público continúa siendo elevado y los sistemas de asistencia permanecen más o menos intactos. La situación se ha modificado mucho menos de lo que puede parecer en la superficie. Es un error pensar que las ideas neoliberales han marcado una diferencia significativa: constantes sociológicas de gran profundidad han mantenido el consenso de la posguerra en su lugar. De hecho, aun en el reino de las ideas mismas, hoy muchos más políticos rechazan la cruel y estrecha medicina del neoliberalismo, cuyo radio de atracción actual es muy limitado. Después de todo, ¿no han dejado esto en claro Clinton y Blair cuando trataron de inventar una "Tercera Vía", expresamente equidistante tanto del neoliberalismo como del antiguo estilo estatista? Asimismo, ¿qué puede decirse del firme compromiso de Gerhard Schroeder por un *Neue Mitte* –un Nuevo Centro– o de la fuerte declaración de principios por parte de Lionel Jospin a favor de una economía de mercado, pero enfáticamente en contra de una sociedad de mercado? Incluso en Rusia, ¿no ha dado el presidente Putin signos alentadores de una creativa combinación de libertades de mercado con

las mejores tradiciones rusas de un estado fuerte? Tal es, más o menos, el mensaje de consuelo acercado a nosotros por bienintencionados expertos de izquierda. El reciente libro de John Gray, *False Dawn* (1998), ofrece un ejemplo elocuente al respecto.

Entre estas objeciones, algunas tienen más peso que otras. Es perfectamente cierto, por supuesto, que no ha de atribuírseles a las ideas neoliberales un poder mágico de persuasión política. Como todas las grandes ideologías, esta también requiere de una serie de prácticas materiales –instrumentales y rituales– para su sostén social. La base práctica de la hegemonía neoliberal se encuentra hoy en la primacía del consumo –de bienes y servicios mercantilizados– en la vida diaria de sociedades capitalistas contemporáneas, que ha alcanzado nuevos niveles de intensidad en los pasados veinte años, y en el aumento de la especulación como un eje central de la actividad económica en mercados financieros a nivel mundial, que penetra en los poros del tejido social con la práctica del marketing masivo de fondos mutualistas y de pensiones –un desarrollo del que sólo estamos presenciando los comienzos– mientras empieza a propagarse desde América del Norte hacia Europa y el hemisferio sur. Si el gasto público en los estados capitalistas avanzados permanece alto, se torna ahora crecientemente híbrido y diluido por imbricaciones con capital privado que se extienden a todo tipo de servicios –de hospitales a prisiones y a la recaudación de impuestos–, aquellos que alguna vez habían sido, según el país en cuestión, considerados campos inviolables de la autoridad pública o la provisión colectiva. La hegemonía neoliberal prescribe un programa específico de innovaciones, que puede variar significativamente de una sociedad a otra, según los límites de lo que se entiende como posible en cada una de ellas. La mejor medida de su dominio e influencia general es la conformidad de todos los gobiernos del Norte, independientemente de su color político nominal, con los imperativos del bloqueo militar, que incluyen la ocupación e intervención en Medio Oriente o los Balcanes: los regímenes socialdemócratas de Escandinavia, por ejemplo, que alguna vez tuvieron la reputación de conservar una cierta independencia en política exterior, ahora actúan con regularidad como un chacal que acompaña a los mayores predadores de Occidente. Por eso Noruega ayuda a consolidar el dominio israelí en Palestina; Finlandia negocia el bombardeo de Yugoslavia; Suecia se hace cargo de la hambruna en Irak; y Dinamarca instala un virrey en Kosovo. El vacío absoluto de la retórica de la Tercera Vía, como una supuesta alternativa al neoliberalismo, es la prueba más segura de su continuada ascendencia.

¿Cuáles son las lecciones de esta historia para la izquierda? Primero y principal, que las ideas cuentan en el balance de la acción política y los resultados del cambio histórico. En los tres grandes casos de impacto ideológico moderno, la Ilustración, el marxismo y el neolibera-

lismo, el patrón fue el mismo. En cada caso se desarrolló un sistema de ideas con un alto grado de sofisticación, en condiciones de aislamiento inicial de –y en tensión con– el entorno político circundante, y con poca o ninguna esperanza de influencia inmediata. Fue sólo al producirse el estallido de una crisis objetiva muy importante, de la cual ninguno de estos sistemas fue responsable, que recursos intelectuales subjetivos que fueron acumulándose gradualmente en los márgenes más apacibles adquirieron súbitamente una fuerza arrolladora como ideologías capaces de influir directamente sobre el curso de los acontecimientos. Tal fue el patrón en los años 1790, 1910 y 1980. Cuanto más radical e intransigente era el cuerpo de ideas, tanto más impetuosos fueron sus efectos en el contexto de las turbulentas condiciones de la época. Hoy estamos en una situación en la que una única ideología dominante gobierna la mayor parte del mundo. La resistencia y el disenso están lejos de haber muerto, pero carecen todavía de cualquier articulación política sistemática e intransigente. La experiencia sugiere que no se conseguirá mucho por medio de cambios débiles o acuerdos eufemísticos con relación al estado de cosas existente, como los que hoy podrían impulsar muchas fuerzas políticas que aparecen representando una cultura *aggiornada* de la izquierda. Lo que es necesario, y que no ocurrirá de la noche a la mañana, es un espíritu totalmente diferente: un análisis cáustico, resuelto, si es necesario brutal, del mundo tal cual es, sin concesión a las arrogantes demandas de la derecha, a los mitos conformistas del centro ni tampoco a la devoción bienpensante de muchos en la izquierda. Las ideas incapaces de conmocionar al mundo también son incapaces de sacudirlo.

Esto no significa una postura sectaria ante intentos limitados de hacer estallar el presente consenso. La "Tercera Vía" de Blair, Clinton o Cardoso es un concepto en bancarrota, confeccionado por aduladores y redactores de discursos en el Primer Mundo, que fue adoptado servilmente con el objeto de ser imitado en el Tercer Mundo. Brasil está probablemente preparado para ofrecer al mundo un laboratorio para probar la viabilidad de los gobiernos organizados por las fuerzas disidentes en las condiciones contemporáneas, cuando la dependencia económica respecto de EE.UU. es mucho más profunda que en el pasado. Pero es poco probable, por supuesto, que la Presidencia y el Parlamento sean el único o incluso el principal crisol de ideas nuevas y radicales en este país. No como un programa desde arriba, sino como un empuje desde abajo, el desafío del movimiento zapatista, al iniciar nuevas formas de acción y comunicación –una radical reorganización de actos, palabras y símbolos–, ha desequilibrado al sistema en formas más inesperadas y creativas que las registradas en cualquier otra parte del continente. Sus limitaciones son bastante evidentes. Pero si estamos tras un punto de partida para una reinvención de las ideas de la izquierda, es en fuerzas

nacionales como estas, y en movimientos internacionales como el Foro Social Mundial, donde debemos buscar esas ideas.

Bibliografía

Anderson, Perry 2000 "Renovaciones" en *New Left Review* (Madrid) Nº 2, mayo-junio.

Anderson, Perry et al. 1997 "La trama del neoliberalismo: mercado: crisis y exclusión social" en Sader, Emir y Gentili, Pablo (comps.) *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social* (Buenos Aires: CLACSO/EUDEBA) Cap. IV.

Eliot, Thomas Stearns 1984 *Notas para una definición de la cultura* (Barcelona: Bruguera).

Gray, John 1998 *False Dawn. The Delusions of Global Capitalism* (London: Granta Books).

Hayek, Friedrich A. 1944 *The Road to Serfdom* (Chicago: The University of Chicago Press).

Hobsbawm, Eric J. 1995 *Historia del siglo XX* (Barcelona: Crítica).

Orwell, George 1995 *1984* (Barcelona: Destino).

Polanyi, Karl 1992 *La gran transformación* (México DF: Fondo de Cultura Económica).

Therborn, Göran 1987 *La ideología del poder y el poder de la ideología* (Madrid: Siglo XXI).

Yergin, Daniel y Stanislaw, Joseph 1998 *The Commanding Heights* (New York: Touchstone).